



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es



ZELIM
ALIANZOS

III M

A-3
4
6
B.P.A.G.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSERVACIÓN DE CULTURA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. _____

Tabl. _____

N.º 1712



JUNTA DE ANDALUCÍA

CONSEJERÍA DE CULTURA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
BOLETÍN ANUARIO

EL ALBERGO DEL CRUCE

LA SUBVENCION

R. 237

ZELIM-ALMANZOR,

6

LOS MORISCOS VALENCIANOS.

NOVELA ORIGINAL

DE

JOAQUIN PARDO DE LA CASTA.



Donativo del Sr. Conde de Romanones á la Biblioteca de la Alhambra. P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

PUBLICACION DE CABELLO HERMANOS Y VICENTE.

MADRID:

IMPRESA DE A. VICENTE, CALLE DE LAVAPIES, NÚMERO 40.

1853.

raza, y en su malestar les atribuían todos los males que ellos sufrían. La buena armonía en que vivían con los nobles y señores territoriales acabó de irritar á la plebe cristiana; y cuando llegó el tremendo día de la lucha, persiguió á los nobles sin olvidar á los moriscos, que eran sus aliados.

Restablecido el orden, asegurada la paz, merced á las severas disposiciones del emperador Carlos V, cada cual volvió á ocupar su respectivo lugar en el orden social: los nobles volvieron á sus palacios, los plebeyos á sus fábricas ó talleres, y el pobre morisco volvió á entonar sus canciones favoritas, abriendo nuevos surcos en sus campos queridos.

Todo parecía estar en calma, cuando algun tiempo despues comenzó á agitarse entre los teólogos una cuestion que, aunque entonces se presentaba vergonzante, debia mas tarde dar resultados de alta importancia. Tratábase de concluir la obra que los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, habian empezado despues de la conquista de Granada: tratábase de consolidar de una manera imperecedera la victoria del cristianismo, dando á España la mas perfecta unidad religiosa: necesario era para lograr esto hacer grandes sacrificios; pero, ¿cómo no hacerlos cuando la reforma habia levantado su cabeza amenazante en Alemania, en Francia y en Inglaterra? Es preciso, decían los hombres políticos de aquel tiempo, ahorrar á la España las discordias que destrozan á otras naciones; es preciso aqui, mas que en ninguna otra, asegurar la unidad religiosa amenazada por los cristianos nuevos, que, á pesar de su nuevo culto, profesaban en secreto el de Moisés ó el de Mahoma.

Los moriscos valencianos oyeron estos rumores, y esta vez les causó mas miedo que cuando habian salido de los talleres ó de las tabernas. Personas de elevada posicion hablaron sin rebozo de la conveniencia de que se les obligase á renunciar completamente su religion, su idioma y hasta el traje de sus antepasados; y no faltó quien para dar un colorido mas funesto al cuadro, pronunciase la palabra *expulsion*. En tan duro trance, los pobres moriscos quisieron saber si los nobles les apoyarian en caso necesario, del mismo modo que ellos los habian apo-

yado en la pasada guerra de la Germania, y las evasivas contestaciones de sus señores les hicieron comprender que en el día del peligro se encontrarían solos: era preciso doblar la cerviz y aguardar el golpe. La agitación se propagó como un incendio por los reinos de Aragon, Valéncia y Cataluña, pues en todos ellos habia numerosos moriscos; y mientras los teólogos discutidores y los amantes de la unidad religiosa halagaban con el próximo triunfo del cristianismo las pasiones de su pueblo, los moriscos, conociendo que era llegado el caso de habérselas de nuevo con un eterno enemigo, se preparaban para la lucha. El odio de las dos razas que poblaban nuestro reino era profundo. Una ligera capa de ceniza cubria aquel fuego mal encubierto por la mano de la necesidad, y soplando las cenizas era fácil ver aun brotar la llama.

Entre tanto el emperador Cárlos V habia regresado á España, y guiado por el celo cristiano que habia marcado los pasos de su antecesor Fernando el Católico, y teniendo presente sin duda los consejos que le habia dado su antiguo maestro el papa Adriano, se disponia á confirmar los edictos dados por los agermanados, y á ordenar que en el discurso de un año todos los mahometanos que habitasen en las provincias de Aragon, Valéncia y Cataluña optasen entre el destierro ó el bautismo. Esta noticia causó honda sensacion en el pueblo morisco, y sus gefes mas influyentes se reunieron para nombrar una comision que, puesta á los pies del emperador, le suplicase la revocacion de aquel horrible proyecto que violentamente les obligaria á elegir entre el perjurio ó el destierro. La comision llegó á Valladolid, donde se hallaba la corte, y el emperador, con rostro adusto, vió humillarse ante él á los pobres alfaquiles. En vano con lágrimas en los ojos y con acento sentimental trataron de conmover aquel corazon endurecido: habia soñado en la unidad religiosa, y era preciso llegar á ella. «Esas órdenes cuya revocacion pedis, dijo, serán reguladas por mi voluntad y por el parecer de mi Consejo, y se habrán de cumplir.» Volvió luego la espalda, y dejó á los pobres alfaquiles anegados en llanto, y sin esperanza ninguna.

Bien pronto cundió por el reino valenciano el triste resultado de la misión que habían llevado á la corte de Castilla los alfaquíes; y estos, al regresar á sus hogares, refirieron á sus correligionarios la aspereza con que habían sido recibidos. Era preciso abandonar la religión de sus mayores, ó disponerse para la espatriación. Ambas cosas eran demasiado terribles para que no buscasen en su angustiada situación el medio de evitarlas; y por todas partes crecía la agitación y se hablaba en voz baja de proyectos de resistencia concebidos en tal ó cual pueblo. No se les ocultaba el poderoso inconveniente de hallarse solos en la Península, ni el pensar que los moros más influyentes por su talento ó sus riquezas habían buscado hacia muchos años la paz en la emigración; y aquella inmensa multitud que poblaba los terrenos cultivados del reino valenciano, se prevenía para la guerra, sin ocuparse en otra cosa que en defender la religión de sus padres y el suelo donde habían nacido. Así pensaban los más, mientras que agentes misteriosos hacían cundir por los pueblos moriscos palabras de libertad y proyectos de revolución. Háblase con mucho misterio de un vasto plan organizado en Argel, que tenía por objeto sublevar el reino valenciano, para que un descendiente de Zeit, último rey de Valencia, pudiese sentarse en el trono que habían ocupado durante muchos siglos sus antepasados: se decía que el rey de Argel protegería esta santa guerra con cuantos recursos fueran necesarios, y que el de Fez había igualmente ofrecido su apoyo al descendiente de Zeit; hablábase también de gente entendida en la guerra que había desembarcado en la costa misteriosamente, y que esperaba escondida el momento de alarma para organizar las turbas moriscas.

Durante las horas de la noche, grupos de embozados cruzaban los andenes y sendas de la huerta para entrar en esta ó aquella barraca, en donde se comunicaban las noticias que habían podido adquirir durante el día. Algunos de aquellos grupos iban á proveerse de armas, que los agentes revolucionarios habían depositado en algunas alquerías.

Con razón se ha dicho que nunca es más terrible la guerra

que cuando tiene por objeto defender la religion en que se ha vivido y la pobre choza donde uno ha sido criado. La que amenazaba á los cristianos debia ser mas horrorosa que ninguna; á juzgar por la actitud amenazante en que iban poniéndose los moriscos. El mas tímido acariciaba su arcabuz, ardiendo en deseos de vengar tres siglos de continuados sufrimientos. Entre tanto los habitantes de Valencia dormían ajenos á estos aprestos, y soñando en sus victorias pasadas y saboreando el triunfo de sus antepasados, creían poder disfrutar tranquilamente las pingües rentas que les producian sus propiedades. En una de aquellas noches en que tanta animacion se notaba por los alrededores de Valencia, y poco después de haber cesado el toque de almas, habia un pequeño conciliábulo en la espaciosa cocina de una alquería que se levantaba á corta distancia del Grao. Todos hablaban en voz baja, y la puerta se abria y se cerraba continuamente á medida que iban llegando nuevos personajes.

Ninguna luz brillaba en aquella cocina, y la leña que ardía en la chimenea, lejos de alumbrar el cuadro que hemos comenzado á bosquejar, para poner de manifesto los rostros de aquellos hombres en quienes el lector habrá creído ver otros tantos conspiradores, llenaba el anchuroso aposento de nubes de humo que hacian oscilar en la sombra todos los contornos comunicando á los conspiradores un aspecto sobrado fantástico.

Nadie llevaba la palabra, y sin embargo se oia ese sordo rumor con que parecen revelar su impaciencia los que algo esperan.

De vez en cuando el único morisco que permanecía de pié, como si esperase la llegada de nuevos personajes, se acercaba á la puerta que estaba paralela á la chimenea, y se ponía en actitud de oír; y viendo que el silencio mas profundo reinaba por fuera, se apartaba, exclamando como si ya solo aguardase á uno: «¡Cuánto tarda!» De repente se oyeron las pisadas de un caballo, y uno de los conspiradores, rompiendo el silencio sepulcral que habia permitido oír aquellas pisadas, murmuró:

«Ese será.»

—El personaje que se paseaba á lo largo de la cocina, en actitud meditabunda cuando no agitada, volvió á acercarse por la quinta vez á la puerta; y favorecido por el silencio que había vuelto á reinar á su alrededor, que hubiera dejado oír la respiración de un niño, oyó claramente y muy cerca las pisadas del caballo, y luego el ruido que produce un ginete al apearse.

Después llamaron suavemente á la puerta de la alquería.

—«¿Quién llama?» preguntó el que se había acercado á la puerta.

—La voz del que acababa de hacer esta pregunta debía ser muy conocida del que esperaba á la parte de fuera, pues contestó:

—«Abre, Farax.»

Farax sin embargo, que era el dueño de la alquería, no conoció ó aparentó no conocer al que llamaba, y volvió á preguntar:

—«¿Quién eres?»

—«Un partidario de Carbau.»

Farax arrojó un hondo suspiro, y preguntó en seguida:

—«¿Quién es Carbau?»

—«El enviado de Alá y el descendiente de Zeit.»

—«¿A qué ha venido?»

—«A hacer trémolar el estandarte de la media luna en donde hoy ondea la cruz victoriosa.»

—«¿Quién le ayuda?»

—«Alá y los reyes de Argel y de Fez, contestó el desconocido.»

No bien había acabado de contestar á esta última pregunta, cuando Farax abrió la puerta para permitirle la entrada á él y al caballo que conducía de la brida.

El noble bruto relinchó al olor de la cuadra, que estaba inmediata á la puerta de la alquería, y Farax en persona lo condujo al pesebre, en donde un abundante pienso debía compensarle las fatigas de aquel día.

Entre tanto el desconocido había avanzado hácia la chime-

nea, y un murmullo de satisfacción le reveló que su presencia no era indiferente en aquel lugar y en aquella ocasión. Además observó, al débil reflejo de los tizones, que las cabezas de los conspiradores se inclinaban respetuosamente á su paso por entre ellos.

Era el recién llegado un hombre de cincuenta años, de ojos negros, que parecían conservar el fuego de la primera edad, y de luenga barba, que habria sido negra como el azabache, pero que entonces multitud de pelos blancos habian convertido en color gris su negro primitivo. Vestia trage completo de musulman, y al entrar en la alquería de Farax se sonrió viendo toda aquella gente reunida.

Farax, entre tanto, despues de haber arreglado el caballo, avanzó tambien hácia la chimenea, y ofreció al nuevo personaje una silla junto á una mesita, en la que se veian algunos papeles concernientes al asunto que los reunia.

El desconocido se sentó en la silla que le ofreció Farax, mientras este se ocupaba en encender un veloncillo que sacó de un pequeño armario abierto en la pared. Colocó el velon en la mesita, y en seguida con acento ligeramente conmovido, exclamó:

«Hermanos, esta reunion, tiene por objeto elegir un gefe supremo que por sus antecedentes y por su valor pueda organizar la guerra que todos deseamos y que todos estamos dispuestos á empezar. En cuanto á la persona en quien debe recaer el mando supremo de las fuerzas moriscas, testais todos conformes en que sea el noble Carbau, el desgraciado descendiente de Zeit. Nadie entre nosotros puede negarle el derecho que tiene á ser nuestro gefe hoy, y mañana nuestro rey. En este supuesto, el prudente Ajem viene á saber en nombre de su amo y señor Carbau si es cierto cuanto yo le he asegurado, y á recibir vuestro juramento de obediencia.»

Los conspiradores se levantaron en masa.

«Hermanos, dijo Ajem en tono solemne levantándose de la silla y mirando hácia la parte del Mediodia, es cierto, cuanto ha comunicado á Carbau el buen Farax, respecto á las simpatías

que por su noble ascendencia y por su valor personal ha encontrado entre los moriscos que habitan en la vega valenciana?

—Sí, contestaron todos.

—¿Todos le deseais por gefe?

—Sí.

—Entonces, disponeos á prestar vuestro juramento.

Los conspiradores se volvieron todos hácia la parte adonde había dirigido sus ojos Ajem, hácia el Mediodía, y levantaron el brazo derecho, como lo había hecho el enviado de Carbau.

Quando Ajem vió que todos estaban dispuestos al juramento, exclamó:

«Jurais por Alaquivir, aquel que decís ser gran Dios; á quien haceis oracion por Mahoma; por su Alcoran, y por todo lo que entendeis y creéis de nuestra ley, obediencia y fidelidad á Carbau?»

—Así lo juramos, contestaron todos.

—Sí así lo hiciéreis, añadió Ajem, hayais parte con él y con los demas profetas en los paraísos en que creéis están; y si no, seais apartados de todos los bienes que os tiene prometidos, y caigais en todas las penas con que el Alcoran amenaza á los que no creen en nuestra ley.

Pronunciadas estas solemnes palabras, Ajem se sentó y los conspiradores le imitaron.

Farax hizo lo mismo junto á Ajem.

Hubo un momento de religioso silencio; durante el cual todos parecieron meditar, Ajem en lo que iba á decir, y los conspiradores en la gravedad del juramento que acababan de prestar.

«Hermanos míos, dijo Ajem rompiendo el silencio; enterado por Farax del principal objeto de esta reunion y recibido el juramento de obediencia al noble Carbau, me resta solo hablaros de los medios con que contamos para empezar la guerra.

—Sí, sí; hablad, dijo un morisco; sepamos con que se cuenta.

—Oídme: el poderoso rey de Argel, pone á nuestra disposición una escuadra al mando del corsario Ochali, con encargo de proteger la santa guerra que vamos á comenzar. Esa es-

cuadra traerá bien pronto armas suficientes para convertir en soldados los cien mil moriscos que habitan en este reino; y en caso de que los primeros encuentros no nos sean favorables, nos ha ofrecido mandar hasta diez mil soldados aguerridos. Con estos recursos y con el oro que antes de salir de Argel puso en nuestro poder, el éxito de la campaña no puede ser dudoso. En cambio solo exige de vosotros que reconozcáis por gefé ahora, y luego por rey, á la persona en quien de antemano habíais pensado ya, al ilustre proscrito, al descendiente de Zeit, al último vástago de la rama que reinó en este país y que Alá ha conservado milagrosamente para esta ocasión. ¡Carbau! ¿sabeis quién es Carbau? ¿Sabeis quién es ese jóven que viene á ponerse á vuestro lado para defenderos contra el estrangero que os oprime en el mismo suelo que os vió nacer? Preguntádselo á los soldados de Soliman, y os hablarán de su valor sobre humano. El Adriático os dirá las veces que ha visto enrojecidas sus aguas con la sangre cristiana que ha hecho derramar sobre ellas, y los soldados del tirano que hoy os obliga á buscar la salvacion en la guerra, os contarán de él mas de una hazaña, si es que no temblarán al oír su nombre.»

Estas palabras, pronunciadas con todo el fuego de que era susceptible un hombre tan impresionado como Ajem, produjeron un efecto mágico en el auditorio. Muchos de los conspiradores no pudiendo contenerse en los límites de la prudencia, gritaron:

«Viva Carbau.»

«Viva nuestro rey, dijeron otros.»

«Silencio, hermanos, exclamó Farax, levántandose para dar mas importancia á lo que iba á decir: ¿ignorais que los cristianos son aun dueños de éste reino, y que la inquisicion no ha apagado aun sus hogueras?»

«Por eso, dijo un morisco de colosales proporciones llamado Gazul, levántandose con ojos centellantes; por eso, repitió, no debemos aguardar mas. Es preferible morir en el campo de batalla á morir en la hoguera inquisitorial. Yo por mi parte tengo mi arcabuz en ese rincon, y ya no volveré á mi

barraca. De un momento á otro pueden advertirse los cristianos de nuestros preparativos; y no seria yo olvidado por los vergüeros del Consejo, si es que los alguaciles del Santo Oficio no les habian ahorrado el trabajo de apoderarse de mi persona!

—¿Crees, preguntó Ajem mirando con benevolencia al morisco, que todo el pais piensa como tú?... ¿Crees ya llegada la hora?

—Te contestaré, prudente Ajem, con toda la ingenuidad de mi carácter, y te diré cuál es el espíritu de nuestra gente á juzgar por lo que he visto y por lo que he oído. Acaso tu saber y tu experiencia lo hayan adivinado todo; pero yo debo contestar á la pregunta que me haces; y no vacilo en decir que creo llegada la hora, y que si dilatamos el momento de salir á campaña, podemos ver malogradas nuestras esperanzas.»

Un ligero murmullo de desaprobacion hizo comprender al decidido Gazul que no todos pensaban como él; mas con este incidente, lejos de desanimarse, se irritó mas, como el combatiente que se enardece al advertir en su cuerpo el primer pinchazo de su contrario; así fué que, arrojando una mirada centellante hácia la parte donde se habia levantado el murmullo, continuó:

«He dicho que la gente morisca está dispuesta á comenzar la lucha, y me sostengo en lo mismo. La mayor parte desea como yo poseer en propiedad, como las poseyeron nuestros antepasados, las tierras que hoy cultivamos como esclavos. Muchos hay que en vez de hablar de la necesidad de la guerra, hablan cobardes de la conveniencia de la paz: muchos hay que colocados en buena posicion temen perder sus caudales en la refriega; esos son mas amantes de su oro que de su religion; pero esos por fortuna son los ménos. El pobre labrador y el honrado aldeano se hallan dispuestos á defender su amada religion y á sacrificar por ella una vida que impunemente esplotan los nobles cristianos en provecho propio. Decidles que no es tiempo aun; decidlés que esperen mas; y les vereis armarse con las piedras de los caminos para herir á los que esto se atreven á decir.»

Gazul se disponia á seguir hablando, cuando fué interrumpido por Ajem, el cual creyendo era llegada la ocasion de combatir de frente á los tímidos y á los egoistas, exclamó: «Poco importa que en la ocasion presente se encuentren algunas almas débiles á quienes intimide la próxima guerra; miserables! El gran movimiento que se prepara los arrastrará en su rápida corriente, como arrastra el río salido de madre al árbol que estiende en la orilla sus verdes ramas. Ardua es la empresa; pero son tan grandes los recursos con que contamos para llevarla á cabo, que no dudo de la victoria. Si alguno duda de lo que digo, si alguno teme unirse al movimiento general, declaró que no es verdadero musulman ni ama la religion de sus padres. Antes de salir á campaña, disparad vuestros arcabuces sobre los que se atreven á desplegar los labios para hablar contra la santa guerra que vamos á empezar. El golpe va á ser esta vez vigoroso, y pronto se verán frente á frente la cruz y la media luna; pronto estallará la guerra en estas deliciosas comarcas, y los buenos musulmanes dejarán el arado para empuñar el alfanje tradicional.»

Este vehemente discurso inflamó los corazones de los conspiradores. Muchos de ellos se levantaron de sus asientos para indicar que estaban conformes en cuanto acababa de decir Ajem. Los que permanecían sentados se levantaron tambien, y no hubo uno entre aquellos veinte moriscos de rostros atezados y de cuerpos hercúleos, que no aplaudiese cuanto acababa de decir el enviado de Carbau. Luego que se recobraron algun tanto y que el silencio volvió á reinar, uno de los conspiradores que, con fundados motivos, pasaba entre todos por la persona mas influyente, se apresuró á decir:

«La guerra será esta vez nuestra salvacion, y si no me engaña mi corazon, el éxito será favorable á nuestra causa. Ayer tal vez no me hubiera atrevido á decir esto, sin embargo de que veia la agitacion que reinaba entre nuestros correligionarios; pero hoy que sé los elementos con que podemos contar; hoy que sé de una manera positiva que el rey de Argel protege decididamente nuestra empresa, y que ofrece ayuda de gente

en caso necesario, no dudo ya de la victoria. Alá nos guiará al través del fuego y de la sangre á la reconquista de nuestro reino.

—¡A la guerra! ¡a la guerra! gritaron todos cuando vieron que el morisco que pasaba entre todos por el mas tímido y prudente, y que habia permanecido en un rincón meditando sobre el asunto, sometido á discusion no vacilaba en invocarla con el fuego con que acababa de hacerlo.

—Me agrada, dijo Ajem levantándose para dar mas fuerza á sus palabras, ver tan noble ardimiento en vuestros pechos. Pronto su fuego se comunicará como una chispa eléctrica á todos los corazones, y el incendio se propagará por todo el reino valenciano, y brillará en los de Aragón y Cataluña. Volverán aquellos tiempos gloriosos en que el mundo entero contemplaba el fabuloso valor de vuestros antepasados. El color de vuestros semblantes y el brillo de vuestros ojos me recuerdan que descendéis de aquellos sóbrios é intrépidos africanos, que capitaneados por Muza invadieron la España hace ochocientos años. No sois solos los que en este momento se reúnen y conciertan para la próxima guerra: en todos los pueblos reina la misma animacion, y en las ásperas montañas el pobre pastor ha sacado á relucir el viejo arcabúz que sus padres escondieron en el heno. Buen ánimo, esforzádos hijos de Alá; confiad en vuestro valor y en el derecho de vuestra causa.

—Para acabar con nuestros enemigos, dijo uno de los conspiradores con ronco acento, no necesitamos mas que oír la señal. En Valencia duermen tranquilos sin pensar en los veinte y cinco mil moriscos que hace algunos años se arrastran como tigres por el suelo, esperando la ocasion de lanzarse sobre su presa.

—Aplaudo tu valor, replicó Ajem, pero es preciso obrar con la prudencia que requiere una empresa tan vasta como la que nos ocupa. Es preciso aguardar á que estén tomadas todas las medidas necesarias para asegurar el buen resultado. Dentro de pocos dias, añadió Ajem bajando la voz misteriosamente, debe llegar á Valencia una mision de teólogos á predicar el

Evangelio. El obispo de Guadix, comisario del inquisidor general, será el jefe de esa mision, y apremiará á los moriscos de este reino, para que si dentro de treinta dias no abandonan su religion, se dispongan á la espulsion.»

Esta palabra causó un ligero murmullo, y algunos palidecieron al oirla.

«No tembleis por la venida de esos teólogos. Esta nueva medida del déspota que rige los destinos de esta nacion, acabará por irritar á los mas cobardes; y al ver tan de cerca el destierro, no vacilarán en venir á buscar su salvacion en nuestras banderas. Entre tanto recorreremos nuevamente los valles de Gallinera y de Guadalest, las fragosidades de Espadan, los montes de Morella, los pueblos que baña el Turia y los que se levantan á las orillas del caudaloso Júcar. En todas partes, lo mismo en el llano que en la montaña, tenemos celosos agentes que reparten armas y que se ocupan en alistar gente. En cuanto á vosotros, representantes de la vega valenciana y de los pueblos circunvecinos, que podeis haciendo sonar el funesto caracol reunir veinte mil combatientes, estad prevenidos para la primera señal. En adelante mis órdenes, que serán las de Carbau, llegarán á vosotros por conducto de Farax. Buen ánimo, hijos de Agar, y hasta que nos volvamos á ver en el campo de batalla.

—Una palabra mas, se apresuró á decir el morisco Gazul viendo que Ajem habia dado un paso para marcharse, y que la asamblea iba á disolverse.

—Habla, dijo Ajem deteniéndose frente al feroz morisco.

—Propongo á mis hermanos que nuestro caudillo deje de llamarse Carbau, y que tome el nombre glorioso de *Zelim-Almanzor*.»

Ajem apretó la mano del morisco como si hubiera querido manifestarle en silencio que habia adivinado su pensamiento. Luego mirando á los conspiradores, les interrogó:

«¿Estais conformes en reconocerle bajo ese nombre?»

—Sí, sí; gritaron todos.»

Ajem levantó el brazo exclamando:

«Viva Zelim-Almanzor, y Alá proteja sus armas.

—Viva, gritaron todos.»

En seguida Ajem se dirigió hácia la puerta en donde le esperaba impaciente el caballo que Farax habia sacado de la cuadra. Antes de montar, los conspiradores ofrecieron su mano en señal de amistad al enviado de Carbau; y despues de haber saludado á Farax y comunicádole algunas órdenes del futuro rey, desapareció.

Los conspiradores, en número de veinte, salieron de la alquería luego que vieron partir á Ajem, y se dividieron en pequeños grupos. Cada cual tomó el camino que conducia á su pueblo ó alquería, y Farax cerró la puerta de la suya cuando los vió perderse en la oscuridad.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

CAPITULO II.

Diplomacia de Farax.

Farax volvió á estar solo en su alquería, y el silencio volvió á reinar en su alrededor.

Sin embargo de que era ya bastante tarde, el morisco no manifestaba deseos de recogerse; pues en vez de hacer esto, luego que se fueron los conspiradores se ocupó en poner en órden las sillas que estos habian ocupado, y en ocultar los papeles relativos á la conspiración: hecho esto, se apoderó del Alcoran que habia estado sobre la mesa junto á la cual se habia sentado Ajem; y acercándose á la chimenea, comenzó á buscar en él el famoso capítulo intitulado de la *Espada*, en el cual el profeta Mahoma ordena que los moros necesitados y puestos en trabajos sean socorridos por los de su ley, especialmente en las guerras contra los cristianos.

Media hora haria que Farax se hallaba leyendo y comentando el capítulo de la *Espada*, cuando le pareció oír un ruido semejante al que producen los pasos de una persona.

El morisco cesó en la lectura, y alargó el cuello en direccion al punto en donde habia creído oír los pasos.

El silencio que reinaba le hizo comprender que se habia equivocado: el ruido habia sido sin duda producido por la brisa que movia suavemente las hojas de los árboles.

Farax se removió con impaciencia en su asiento, y en vano volvió á fijar sus ojos en el Alcoran. Su alma estaba en otra parte. El ruido que lo habia alarmado podia ser ilusorio, pero el miedo que habia producido en el morisco era tan cierto como la palidez que habia invadido su semblante.

«Si fuese algun espía! murmuró levantándose de su asien-

to. Este ruido que á mi pesar invade mi corazon, es cien veces peor que los azares de la guerra.»

Cuando de consideracion en consideracion hubo llegado á esta última, cerró el Alcoran y le colocó en un armario en donde se veian algunos otros papeles y libros; luego se volvió hácia la chimenea y se quedó fijo é inmóvil como hombre que no sabe qué hacer ni qué pensar.

Farax podia tener cuarenta años: la luz que despedia el veloncillo que ardía en la mesa, y la que producian los tizones de la chimenea alumbrando perfectamente su rostro, permitian ver las arrugas que la desgracia habia ido dibujando en él.

Este hombre, á quien ahora vemos solo, tímido, triste, cabizbajo y meditabundo, habia sufrido mucho y tenia fundados motivos para recelar de todo. Casado á la edad de veinte años con una muger, á quien habia amado con delirio, la vió pasar de sus brazos á los de un caballero cristiano que se habia apasionado de su belleza, y á quien ella habia correspondido anchamente. La adúltera morisca fué á habitar con su amante una magnífica casa de campo en las inmediaciones de Benaguacil, y allí se prometian pasar la vida mas agradable, cuando una noche despertaron al resplandor siniestro de un incendio. La casa fué presa de las llamas, y los criminales amantes ardieron en ella. Aquella misma noche un hombre ofrecia un bolsillo de oro á un marinero en el muelle de Valencia por permitirle entrar en el barco, de cuya tripulacion formaba parte, y que estaba próximo á hacerse á la vela para Marsella. Aquel hombre era Farax. Desde Marsella se embarcó para Argel. En este último punto el comercio le ofreció ancho campo en donde ejercitar su actividad, y bien pronto vió multiplicarse el pequeño capital que habia llevado de Valencia.

Un dia algunos moros valencianos, próscriptos en Argel, le presentaron al sabio y prudente Ajem, valenciano y musulman, á quien una sentencia del Santo Oficio habia obligado á abandonar su patria. Una delacion hizo ver al santo tribunal que Ajem ocultaba, bajo el carácter de médico, inten-

ciones revolucionarias. Comenzado el proceso no faltaron testigos que apoyaron la delacion, y Ajem no pudiendo ser habido fué quemado en efigie. Sus profundos conocimientos en ciencias naturales y su vasta erudicion le facilitaron la entrada en el palacio del rey de Argel. Su fama habia llegado á oídos de Farax antes que sus compañeros de infortunio le hubiesen hablado de él.

Farax y Ajem se entendieron bien pronto; Ajem creyó que habia encontrado un amigo leal, firme y resuelto, y no vaciló en comunicarle sus proyectos de reconquistar el reino de Valencia, ni en nombrarle la persona que debia ponerse al frente del movimiento. Farax se complació al verse iniciado en planes de tan alta importancia; aprobó la eleccion del caudillo, de cuyo valor habia oído hablar, y no titubeó un momento en ofrecer sus caudales para realizar la reconquista de su querida patria.

La segunda vez que Ajem volvió á ver á Farax fué para decirle, que el rey de Argel se hallaba dispuesto á secundar sus proyectos de reconquista, y que él habia sido uno de los elegidos para venir á explorar el espíritu del país y á preparar los ánimos en favor de la guerra.

Ardua y peligrosa era la comision que se le confiaba al morisco valenciano, pero no por eso tardó en aceptarla. «Mi persona y mi fortuna está á vuestra disposicion,» dijo Farax á su amigo Ajem; y de la misma manera manifestó su adhesion al joven Carbau cuando al dia siguiente tuvo el honor de ser conducido por Ajem á su presencia.

Cuatro dias despues, Farax, que habia ya arreglado sus asuntos comerciales, se embarcó para España, y un viento favorable le condujo en pocas horas á las costas de Altea. Desembarcó en esta villa, y permaneció en ella unos cuantos dias tratándose indistintamente con moros y cristianos, y vistiendo el traje de estos últimos. Para que nadie sospechase de él, preguntaba el precio de los granos y hablaba continuamente de especulaciones comerciales. De esta manera el musulman, convertido diplomáticamente en morisco, lograba su objeto,

que era ponerse en relaciones con toda la gente de mas influencia en la costa. Antes de abandonar aquellos pueblos mandó embarcar para Argel los acopios de granos que habia hecho en Altea, y al salir de esta villa para Gandía, que era otro de los pueblos que él se habia propuesto visitar, llevaba consigo algunas cartas que debian ponerle en relaciones con los mas ricos traficantes de aquel punto.

Su corta permanencia en Gandía no fué infructuosa. Allí vió algunos musulmanes tan decididos como él, los cuales le hicieron conocer el estado favorable á la revolucion en que se encontraba el pueblo en que estaban y sus convecinos. Al abandonar aquel pueblo, que tan adicto se habia mostrado hacia trescientos años á la causa de Zeit, dejó en él celosos agentes encargados de secundar sus proyectos revolucionarios; y hecho todo esto, Fârax se encaminó á Valencia, en donde él se habia prometido fijarse como el eje alrededor del cual debian girar las ruedas de la conspiracion.

Cuando hubo llegado á Valencia, y luego que hubieron pasado las primeras impresiones que en su alma produjo la vista de los sitios donde se habian deslizado los mas bellos dias de su existencia, pensó en buscar una morada que por su situacion pudiera permitirle hacerla centro y foco de la árdua empresa que ocupaba dia y noche su imaginacion.

Discurriendo un dia por los alrededores del Grao, y fijando sus miradas ya en esta, ya en aquella alquería, dió con una que llenaba todas las condiciones en que el morisco habia pensado. Se hallaba situada á corta distancia del Grao y cerca de la playa, en el sitio poco mas ó menos donde hoy se elevan las alquerías y barracas que forman el Cabañal. Aquella alquería y las seis cahizadas de huerta que la servian de alfombra las tenia en arriendo hacia muchos años una familia morisca tan honrada como laboriosa. El gefe de aquella familia, á quien una grave enfermedad le habia impedido trabajar por sí las tierras, no habia podido satisfacer su arriendo al señor de ellas, y habia recibido la orden de abandonarlas en el término de veinte y cuatro horas.

Farax acertó á llegar á la puerta de la alquería en el momento en que todos los individuos de aquella pobre familia se ocupaban en recoger el menaje de casa para abandonar la morada donde todos habian nacido.

«¡Hola! dijo Farax poniéndose frente al pobre arrendatario morisco que con lágrimas en los ojos via amontonar sus muebles y sus ropas; parece que vais á dejar el arriendo de estos campos.

—¡Malditos sean ellos! exclamó el morisco, y el señor que se come regaladamente sus productos.

—¿Os quitan el arriendo? preguntó Farax adivinando algo.

—Sí, contestó el morisco meneando la cabeza en señal de indignacion; me arrojan como á un perro porque no he podido pagar. En vano ha sido decirle que mi enfermedad ha sido la causa de ello. Ni mis súplicas ni las de su misma hermana han sido bastantes para ablandar su empedernido corazón.

—¿Quién es el dueño de esta alquería?

—¿Quereis vos quedaros con ella, he? preguntó el morisco indignado.

—No, contestó Farax; quiero saber quien es para pagarle lo que vos le debeis, y para que de ese modo podais continuar cultivando estos campos. En cambio solo exijo de vosotros que me dejéis habitar esta alquería, y que ocupeis vosotros esa baraca que se eleva no lejos de aquí y que forma parte de esta posesion.»

Lágrimas de reconocimiento bañaron el rostro del morisco al ver la generosidad de Farax; y en cuanto á sus hijos y esposa, luego que se advirtieron del inesperado favor, le rodearon tambien con señales de regocijo y agradecimiento.

Farax no sabia aun quien era el dueño, y volvió á preguntárselo al viejo morisco, el cual dijo que era el muy egregio señor conde de Montblanc; y advertido Farax del mal carácter de este señor, quiso evitar el verle, haciendo que el morisco llevase á su administrador el dinero que le debía, el mismo que le entregó en aquel momento.

Además, el morisco llevaba el encargo de decir que la cantidad que entregaba la debía á un traficante pariente suyo, que desde aquel día se habia propuesto vivir con ellos.

Farax queria por todos los medios posibles aparecer como persona inofensiva y pacífica para poder realizar sus planes.

La tempestad que se habia levantado contra el pobre morisco se desvaneció, merced al oro que Farax habia puesto en su mano: el administrador del conde de Montblanc, al verlo brillar sobre la suya, olvidó las amenazas hechas al pobre arrendatario, y nada quiso oír respecto al subarriendo que habia él hecho á su supuesto pariente. Hé aquí como Farax vino á habitar la alquería en que á la sazón se encontraba. Un mes hacia que vivia en ella, y durante este tiempo muy pocas noches habia dormido en ella. Entregados los moriscos á sus faenas agrícolas durante el día y vigilados además por los cristianos, era preciso para poderles hablar buscarles en medio de la noche. Farax, que como llevamos dicho, tenia mucho de diplomático, habia adoptado desde el momento en que fué á ocupar la alquería, un método de vida que por cierto no debió despertar las sospechas de nadie, ni las de sus mismos vecinos. Durante el día todos le veían cruzar las sendas y caminos de la huerta cargado con la seda que iba comprando. Además, su casa estaba abierta siempre para todo aquel que queria vender este artículo, con el cual se habia prometido Farax hacer un buen negocio atendiendo al bajo precio por el que lo obtenia, y no olvidaba el entrar con frecuencia en las iglesias cristianas. Como el lector comprenderá, el patriota Farax no habia perdido sus instintos comerciales ni sus hábitos de hipocresía; pero en cambio cuando el sol se habia hundido en occidente, y cuando las sombras de la noche permitian andar por los campos sin ser visto ni conocido por nadie, abandonaba su alquería y pasaba muchas horas, unas veces á pié, otras á caballo, buscando á los moriscos mas influyentes para comunicarles los proyectos de que ya tiene noticia el lector. Entonces Farax se mostraba tal cual era valiente y decidido. Al menor ruido montaba su arcabuz, y no habia peligro que le causase miedo nada de lo que

podieran descubrir sus ojos al través de la oscuridad en aquellas noches de agitacion.

Los nocturnos trabajos del morisco no habian sido infructuosos: en un mes habia comprometido á la gente mas importante, y esta á su vez habia estendido por todos los alrededores de Valencia los hilos de la trama revolucionaria.

Farax habia cumplido su mision. Sus trabajos preparatorios se hallaron terminados en el momento en que Ajem recibió el juramento de los conspiradores.

Aquella debia ser una noche de satisfaccion para el astuto traficante, y sin embargo, su actitud meditabunda y sus miradas inciertas á veces, y casi siempre fijas en la juguetona llama de la chimenea, indicaban diferentes sentimientos.

Largo rato hacia que permanecia en la misma postura: sus facciones parecian prolongarse bajo el influjo de una ligera contraccion nerviosa, y el aliento parecia salir sofocado de su agitado pecho.

De repente llamaron suavemente á la puerta de la alquería.

«¡Oh! esclámó estremeciéndose; mi miedo no era infundado.»

Un minuto permaneció inmóvil é indeciso: al fin se resolvió á abrir, cualquiera que fuera el peligro que le amenazase.

CAPITULO III.

Una visita inesperada.

Farax se acercó á la puerta, andando con incierto paso; y no queriendo sin duda que fuese conocida su turbacion, se apresuró á preguntar con el tono mas firme y resuelto que le fué posible.

«¿Quién llama? ¿quién diablo viene á incomodar á estas horas?»

—Abrid, contestó una voz femenina, cuyo sonido hubiera conmovido á otro hombre mas impresionable que Farax.

—¡Una muger! dijo este respirando con tranquilidad; esto es menos malo de lo que habia creído.»

Diciendo estas palabras, descorrió el cerrojo, dió vuelta á la llave y abrió la puerta.

Farax se hizo un paso atrás, y sintió agolparse la sangre á su cabeza al ver que en vez de una persona fueron dos las que entraron en la alquería. La muger, que era la que primero habia entrado, conociendo la turbacion del morisco y adivinando la causa, se apresuró á tranquilizarle diciéndole:

«No temais por esta persona, es mi criado.»

El morisco se repuso de su sobresalto, y despues se avergonzó de haberse alarmado tan infundadamente. En honor de la verdad, el aspecto del criado no podia ser mas imponente. Era un musulman de atezado rostro, de anchas espaldas y de mirada siniestra. La dama á quien seguia no podia ser mas esbelta. De sus facciones nada podemos decir, porque iban cuidadosamente ocultas bajo un velo; pero el morisco tuvo ocasion de admirar la delicadeza de sus manos, el contorno de sus menudos pies, y la riqueza de su trage musulman.

«Siento mucho haberos incomodado; dijo la dama avanzando hácia la chimenea.

—No penseis eso, y decidme en qué puedo seros útil.

—¿Os llamis Farax?

—Tal es mi nombre; contestó el morisco.

—¿Sois traficante?

—Ese es mi oficio.

—¿Lo habeis ejercido muchós años en Fez y en Argel?

—En ambos puntos he vivido y traficado.

—¿Recordais el nombre de Melech? preguntó la desconocida.

—¡Mucho!» exclamó el morisco; cuyas facciones manifestaban de la manera mas elocuente la satisfaccion que aquel nombre pronunciado por la dama habia causado en su corazon. En seguida añadió: «¿Venis vos de Fez?

—Hoy mismo he arribado á estas playas.

—¿Y el buen Melech, mi protector, ha quedado bueno?

—Sí, contestó la desconocida friamente.

—¿Pero le habeis visto vos? el pobre no goza de muy buena salud.

—Sí, sí, está bueno; y si vos conoceis su letra, esta carta os demostrará que no ha abandonado aun sus negocios.»

Esto diciendo, la desconocida sacó la mano por entre los pliegues de su largo velo, y puso en la del morisco una carta, que este abrió con presteza, y cuyo contenido era el siguiente:

«Mi buen Farax: tan luego como esta carta llegue á tus »manos, abonarás á la persona que te la entregue seis mil »maravedis de oro, cuya suma me ha sido entregada aqui, y »de la cual puedes disponer. = *Melech.*»

No fue esto lo que sorprendió á Farax, sino el párrafo que por via de nota seguia al anterior, y al pié del cual se hallaba la firma del comerciante de Fez.

«No sé que asuntos conducen á ese pais á la dama de quien »he recibido dicha suma; pero si en alguna ocasion reclama tu »apoyo, dispénsaselo como pudieras hacerlo conmigo.»

Farax hizo un gesto de disgusto al acabar de leer este párrafo, en cuyo misterioso contenido creyó hallar algun grave motivo para mirar á la dama de cierta manera; sin embargo, la seguridad que tenia en su amigo Melech alejó de su mente toda sospecha funesta y se apresuró á decir sonriéndose:

«¿Para cuándo quereis esa cantidad?

—Para mañana.»

Farax dudó un poco.

«Siento deciros que no podré reunir esa suma tan pronto como deseais.»

La dama no se inmutó por esto; lejos de aparentar sorpresa, preguntó friamente:

«¿Podré volver pasado mañana?

—Es demasiado pronto, contestó Farax, cuya turbacion hacia rápidos progresos en su alma. Las sospechas habian vuelto á renacer en él, y deseando aclarar lo que tan oscuro le parecia preguntó:

«¿Vos habeis tratado mucho á Melech?

—Muy poco; sin embargo, esa carta os indicará que me tiene en algo.

—Así lo creo, y creo tambien que os habrá hablado de cierto negocio que me ocupa casi esclusivamente, y que absorbe al presente todos mis capitales.

—¿Es algun negocio mercantil?»

Farax meneó la cabeza como hombre que siente no ser comprendido, y exclamó:

«Veo que no nos comprendemos.

—Explicaos mas claramente.

—¿Hace mucho que habeis desembarcado?

—Esta tarde.

—¿Y dónde os habeis hospedado?

—En el Grao.

—¿Y no habeis tenido miedo en cruzar la huerta á estas horas y en estos tiempos?

—Menos lo habeis tenido vos en abrir la puerta á una persona desconocida.

—Eso os indicará que no soy cobarde.

—Y que teneis costumbre de recibir visitas nocturnas.»

Farax se estremeció ligeramente.

«Algunos me favorecen durante la velada visitándome.

—Ya procurareis que los cristianos no se adviertan de tales reuniones.

—Hago cuanto está de mi parte para que no sean notadas.

—Supongo que todos en el fondo de su corazon serán buenos creyentes.

—Todos: á pesar de que los malditos agermanados les obligan á recibir el bautismo y á convertirse á su religion, muchos de ellos oyen con mas gusto los capítulos del Alcorán que las máximas del Evangelio.

—Creo que nunca ha habido mas necesidad que ahora de no olvidar la ley del Profeta.

—A su sombra podemos volver á ser lo que fuimos.

—Confio en que Alá oirá vuestros lamentos y hará que seais señores en la tierra donde ahora os arrastrais como esclavos.

—Es preciso tener mucho valor para sacudir el yugo del gigante que hoy nos oprime.

—Es verdad, dijo la dama: sé que la victoria acompaña á sus banderas en el exterior de España, y que con la sangre de Padilla ha borrado las huellas de la libertad que sus pueblos cristianos se habian conquistado.

—Estais bien enterada de la vida del déspota.

—Mas pudiera deciros, pero no es mi objeto sublevar los ánimos en contra del jóven emperador. Permitidme pues que volviendo al objeto de mi venida á vuestra casa, os pregunte el dia en que podré volver á hacer efectiva esta letra.

—Voy á ser tan franco con vos, como lo exige mi posicion; oidme.»

Farax se acercó mas á la dama, y temiendo ser oido del criado, que impasible esperaba junto á la puerta de la alquería, preguntó:

«¿Habeis oido hablar del último decreto que el emperador

Cárlos piensa expedir?

—Sí.

—¿Sabeis cuáles son sus capítulos?

—Sí; sé que concede un mes al pueblo musulman para que opte entre el destierro ó la conversion.

—¿Y no sabeis nada mas?

—Sé que esto causará sumo disgusto á los que creian poder vivir en España en el seno de la religion de sus padres.

—¿Ignorais lo demas?...

—Nada sé fuera de lo que os he dicho.

—Sabed, pues, que el disgusto va siendo tan profundo entre los verdaderos musulmanes, que no han titubeado en reunirse misteriosamente para acordar algo.

—No os comprendo, dijo la dama.

—Os lo diré más claramente y comprendereis bien pronto el motivo por que no teneis pagada ya esa letra. Aqui se conspira.»

Farax acentuó estas últimas palabras, y las pronunció en voz tan baja, que la dama adivinó el miedo que el traficante tenia de que fuesen oidas por otra persona.

Entonces sucedió una cosa que causó admiracion al buen Farax. La dama que hasta entonces habia oido indiferente, casi impasible, cuando la habia dicho, se apoderó de su mano, y apretándosela ligeramente exclamó con acento conmovido:

«Lo sé, Farax. Sé que vos sois el eje á cuyo alrededor se agita la revolucion. Sé que la gente de nuestra religion anda disgustada, y que por todas partes se nota una animacion que, conducida por buen camino, puede dar buenos resultados. Sé vuestra adhesion al príncipe que debe levantar en este reino la bandera de la reconquista.»

—¿Luego vos conoceis tambien á nuestro caudillo?

—Le he visto en Fez y en Argel.

—¿Y qué opinais de él?

—Que es un príncipe tan noble como valiente.

—Esa es la opinion general, murmuró el traficante con aire de satisfaccion.

—Todos le adoran, y muchos de los soldados que le han se-

guido en las guerras contra los cristianos no han vacilado en seguirle á España á ayudarle en su empresa.

—Yo he hecho mas que todos. Melech os habrá enterado de todo. Yo me hallaba tranquilamente en Fez ocupado en mis negocios mercantiles, cuando tuve el honor de ser iniciado en el plan que hoy ocupa á los buenos creyentes de este pais; tuve la dicha de ser presentado al noble Carbau, y desde aquel momento fui esclavo de su voluntad. Quiso que viniera á explorar el espíritu del pais, y no tardé en hacerlo abandonando mis negocios. La libertad de mi patria y el triunfo de mi religion valian mas que el oro que podia entrar en mis arcas, y así fué que no encontré nada que no me hallase dispuesto á hacer cuando pensaba que todo era para el noble descendiente de Zeit. Hubo necesidad de moverse, y mi actividad asombró á todos; hubo necesidad de dinero, y dispuse de todo cuanto tenia. Hé aquí lo que he hecho y lo que me impide en este momento poder entregaros esa suma.

—¿Y se ha adelantado mucho? ¿vuestros trabajos han sido provechosos? preguntó la dama conmovida.

—Mas de lo que podeis imaginar. Hace dos horas que los hombres mas influyentes del pais reunidos en esta alquería le han proclamado rey.

—¡Rey! exclamó la dama estremeciéndose.

Farax entre tanto se habia convencido de que la dama que tenia delante deseaba tanto como él el triunfo de Carbau, sin embargo de que no por esto todas las dudas se habian desvanecido. Estaba tranquilo á medias: faltábale saber si su adhesion al príncipe sufriria el que la dijese que todo su capital habia sido empleado, hasta el último maravedí, en los preparativos revolucionarios, y que por lo mismo no podria en mucho tiempo abonar la letra del comerciante de Fez. Conociendo pues que era preciso decírselo todo, puesto que ya le habia dicho mucho, exclamó:

—Os he manifestado cuanto puede interesar á una persona que claramente manifiesta su interés por el triunfo de Carbau; ahora me resta deciros que mis capitales han ido á manos de los agen-

tes revolucionarios, y que en mucho tiempo no podré satisfacer el importe de esa letra. Jamás en mis relaciones comerciales me habia sucedido un caso igual; sin embargo, sé lo que debo hacer: hoy mismo daré aviso á Melech de cuanto sucede, y pronto podreis disponer de la cantidad que pusisteis en su casa, haciendo que llegue á vos por otro conducto.»

Esto diciendo Farax, se acercó á la mesita que habia junto á la chimenea.

«¿Qué vais á hacer? preguntó la dama siguiéndole.

—A escribir á Melech para que vos veais lo que le digo.

—Veo, dijo la dama, que sois un buen musulman y que habeis abrazado la causa de Carbau con mas entusiasmo que interés. La cantidad de que habla esa letra iba tambien á ser invertida en las atenciones de la próxima guerra. Vos lo habeis hecho antes; sea en hora buena. Tan noble proceder bien merece que esta letra sea presa de las llamas.»

Farax, que habia oido con asombro las anteriores palabras, vió que la dama, haciendo lo que decia, arrojó la letra al fuego, en donde brilló un momento convertida en llama fugaz.

«Señora, señora! dijo Farax, que no acertaba á decir otra cosa.

—Es asunto concluido, dijo la desconocida dando un paso para marcharse.

—¿Os vais? preguntó Farax con acento que indicaba el sentimiento que tenia de ver partir á la misteriosa muger.

—Sí: algun dia nos veremos.

—¿En dónde? ¿cuándo será eso?

—No sé en donde ni cuando, pero no dudeis en creer que en mas de una ocasion nos volveremos á encontrar. Cuando esto llegue, acordaos de que soy la recomendada de Melech.

—¿Pero cómo podré yo reconocer, cuando no he tenido la dicha de ver vuestro semblante?

—No importa: conoceréis mi voz, ós recordaré esa letra que solo nosotros hemos visto arder, y ya no podreis dudar de mí.

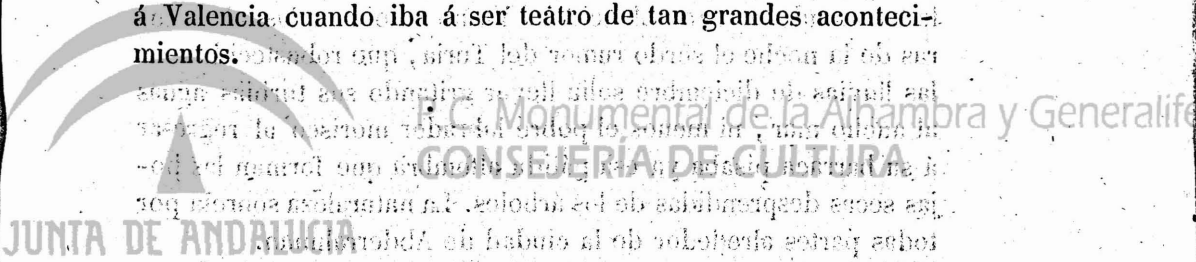
—¡Oh! bien quisiera, dijo Farax, que me otorgáseis el

placer de ver vuestro semblante; pero si conceptuais que esto es demasiado, ó si vuestros intentos os lo impiden, id en hora buena, que yo respetaré y haré respetar vuestro misterio.

—Gracias, buen Farax, dijo la dama avanzando hácia la puerta que este habia abierto, y por donde se deslizaba la perfumada brisa de la noche.»

La desconocida desapareció seguida del moro, que cual una estatua le habia esperado en la puerta.

Farax los contempló desde una ventanilla hasta que se perdieron á su vista como una nube ligera y vaporosa: en seguida cerró la puerta echando llaves y cerrojos, y se volvió á la chimenea, en donde pasó mas de una hora pensando, meditando y volviéndose loco de conjetura en conjetura; mas viendo luego que nada podia discurrir que obtuviese el beneplácito de su sévera razón, se zambulló en la cama, dispuesto á olvidar á la muger misteriosa, ya que no habia podido esplicarse su venida á Valencia cuando iba á ser teatro de tan grandes acontecimientos.



JUNTA DE ANDALUCIA

cia con sus hijos y con sus amigos, y con sus
 amigos y con sus hijos y con sus amigos, y con sus
 amigos y con sus hijos y con sus amigos, y con sus
 amigos y con sus hijos y con sus amigos, y con sus

CAPITULO IV.

Recuerdos.

El triste invierno habia desaparecido, y á sus tristes y pá-
 lidos dias habian sucedido los de la primavera; época delicio-
 sa del año en que la naturaleza se adorna con sus mas vistosas
 galas. Las nubes no se arremolinaban amenazantes sobre el alto
 Miquelete, ni la voz destemplada del aquilon atormentaba los
 oidos de los habitantes de la bella ciudad del Cid. El génio de
 las tempestades habia plegado sus inmensas alas para huir de
 la encantadora vega valenciana. Ya no se oia en las altas ho-
 ras de la noche el sordo rumor del Turia, que robustecido con
 las lluvias de diciembre solia llevar gritando sus turbias aguas
 al ancho mar, ni menos el pobre labrador morisco al regresar
 á su barraca pisaba ya esa pálida alfombra que forman las ho-
 jas secas desprendidas de los árboles. La naturaleza sonreia por
 todas partes alrededor de la ciudad de Abderrahman.

Corria el año 1525, y era una de las tardes mas tranquilas
 de mayo. Ninguna nube empañaba el azul del cielo. El sol, que
 cual un fiel amigo, jamás deja de alumbrar al pais que vamos
 bosquejando, parecia querer lisonjear en aquel dia el orgullo
 del animoso Ajem, que despues de una emigracion de veinte
 años volvia á pisar la tierra que guardaba las cenizas de sus
 padres, y á respirar las auras que habian acariciado su frente
 en sus primeros años.

Al lado del moro Ajem, que montaba un buen caballo,
 cabalgaba en otro, perteneciente á una raza que forma el or-
 gullo de los árabes, un jóven mahometano tambien, que po-
 dria contar á lo mas veinte y cinco años. Era de mediana es-
 tatura; su color moreno atestiguaba su origen y su religion; su

palidez hablaba en favor de su corazón, y le hacia no poco interesante; su frente era ancha y espaciosa, y sus ojos negros y brillantes podian espresar la melancolía y el placer, sin que esto impidiese que en algunas ocasiones hubieran lanzado rayos, y que sus miradas hubiesen hecho temblar á mas de un valiente.

En el momento en que damos á conócer al lector á nuestros dos personajes, acababan de internarse en la huerta que se estiende á espaldas del famoso monasterio de San Miguel de los Reyes, que fué otro de los monumentos que Ajem habia prometido enseñar á su jóven compañero.

Introducidos en la huerta, Ajem tomó con aire distraido una de esas numerosas sendas que cruzan por todas partes los floridos campos de Valencia. Aquella senda conducia, pasando por cerca de Alboraya, á la alquería de Montblanc, que era uno de los puntos de vista mas agradables que imaginarse puede.

A medida que los viajeros avanzaban hácia la mencionada alquería, sus semblantes iban entristeciéndose, como si un vapor melancólico soplaste de la parte en donde se alzaba aquella soberbia casa de campo que habian descubierto al través de las espesas arboledas que continuamente limitaban el paisaje y los encerraban como en una selva.

Media hora necesitaron para llegar al punto desde el cual el sabio Ajem habia prometido mostrar al jóven árabe la magnífica vivienda de los condes de Montblanc; y fué tal la distraccion en que ambos fueron sumidos durante su marcha, que no observaron los grupos de moriscos que aqui y allá salian á verlos pasar. Sin embargo, á pesar de su distraccion habia herido los oidos del jóven una palabra que habia pronunciado un morisco apartándose á un lado para hacerle paso. « Si será este, » habia dicho el pobre morisco al ver el rico alquicel del jóven árabe y al fijar sus ojos en el preciosísimo yatagan que se descubria por entre los pliegues de su faja.

Ajem, que nada habia oido, detuvo su caballo en una pequeña eminencia que dominaba la vasta posesion de los Mont-

blanc, y en cuyo centro se levantaba altiva y risueña con sus miradores y azoteas la soberbia alquería. Estaban á la sazón abiertas sus ventanas; y la brisa, tributaria de aquella mansión de recreo, arrebatava servilmente las esencias á las flores de los jardines para perfumar el ambiente que debían respirar sus orgullosos señores. Muchas y largas alamedas se estendían desde la circunferencia al centro, ofreciendo anchos y cómodos paseos. Flores de mil colores brillaban en los cuadros del jardín, y el naranjo mostraba por doquier su dorado fruto.

Ajem se sonreía de una manera particular, y miraba á su jóven compañero, que despues de haberse apeado del caballo contemplaba con avidez el magnífico panorama que se ofrecía á sus ojos. Por un lado veía la magnífica alquería que hemos descrito: á sus espaldas el sol se disponía á esconder su globo de fuego en el horizonte: el gilguero y el ruiseñor cruzaban por su lado en ligero vuelo á buscar sus nidos queridos, y allá, un poco mas lejos de la alquería, se descubría el Mediterráneo, que en suaves ondulaciones parecia querer besar los jardines que se estendían no lejos de él. Este cuadro encantador habia herido el alma impresionable del jóven, que miraba alternativamente el árbol que habia á su lado, el pajarillo que trinaba, el labrador que regresaba á su barraca, y la jóven morisca que esperaba cantando á su amante. Cuando ya lo hubo contemplado todo á su sabor, exclamó arrojando un hondo suspiro:

—«¡Qué paisaje tan bello! ¡qué alquería tan magnífica!»

—Este país es todo igual. No parece sino que la Providencia haya querido halagarle, como halaga la tierna madre á su primer hijo. En ningún país del mundo se ven campos tan inmensos ni tan productivos, y por todas partes observa como se levantan nuevos pueblos que parecen desafiar con sus campanarios la gran ciudad que rodean. Sin embargo, no siempre se ha ostentado este suelo tan pintoresco como al presente. Esas aguas fecundantes que hoy riegan todo el terreno que hemos recorrido, iban en algun tiempo á perderse en el mar. Tus antepasados les pusieron diques, y mandaron construir las ocho acéquias que hoy forman la riqueza de este país. Desde los

ZELIM-ALMANZOR.

(Lám. 1.)



JUNTA DE ANTI

Alhambra y Generalife
TURIA

años 944 al 976, los grandes Abderrahmán Anisir, Ladinela y su hijo Alakem Almonstansir Bilah se ocuparon en trazar numerosos canales de riego que hoy has admirado, y que, merced al poco declive del terreno que cruzan, pueden regar en una estension de cinco leguas los campos de cuarenta pueblós.»

Al llegar aquí, el anciano Ajem apartó á un lado su cabeza para ocultar una lágrima á los ojos del jóven mahometano, el cual oia con la atención de un niño la relación de su Mentor. Este, adivinando luego los deseos que el jóven manifestaba de oir hablar de aquella magnífica alquería y de sus actuales poseedores, añadió señalándola con la mano: «Esa soberbia morada y esas quinientas fanegas de tierra que hoy cultivan como esclavos cien moriscos, pertenecieron á tu antepasado el rey Zeit. Embellecida continuamente por sus antecesores los reyes de Valencia, vino á ser ésta la mansion mas agradable del mundo. Ellós gastaron pródigamente sus tesoros en añadirla nuevos hechizos; los poetas de aquellos tiempos nos hablan en sus versos de las encantadoras perspectivas que aquí habia. Sus libros nos hablan tambien de las bullidoras fuentes que adornaban los jardines, y de las que vertian sus aguas en medio de los salones. Todavía quedan como restos de aquella época venturosa algunas rocas artificiales, algun laberinto intrincado, y allá lejos veo lo que debió ser la gruta en donde mas de un rey durmió en los dias abrasadores del estío. La vejetacion es siempre la misma; sienpre los mismos campos de claveles y rosas fragantes durante todo el año. El edificio ha cambiado mucho, según he oido decir: tal vez rasgando esa cal con que han embadurnado las paredes, se encontrarían en las piedras que las forman, inscripciones que recordarian á los reyes que las mandaron grabar. Allí, á cien pasos de la alquería, estaba el serrallo, y antes de llegar á él se encuentra el baño. El padre del actual poseedor, el conde de Montblanc, uno de los mas terribles enemigos de la media luna, mandó derribar el serrallo, cuyos mármoles habian humedecido mas de una vez las lágrimas de las cristianas; y no hace muchos años que el hijo, siguiendo las huellas de su padre, hizo demo-

ler el baño para regalar los mármoles á las iglesias de su devoción. Sin duda habrán creído estos señores que esos ricos productos de las artes serian un padron de ignominia para la raza usurpadora.

La voz del musulmán vibraba de ira al pronunciar estas palabras; el jóven las oía sin atreverse á pestañear. Su semblante se contrajo horriblemente bajo la impresion que en su alma iba produciendo la terrible relacion de Ajem. Sus ojos, sin embargo, permanecian fijos en la alquería, como si esperase ver en una de las ventanas con su rico turbante á alguno de sus antepasados: habia en aquella contemplación algo de enigmático, algo de providencial. Encerrado hasta entonces en el círculo pequeño en que se habia agitado durante su vida de proscrito, habia llorado muchas veces al considerar su pequeñez, y al verse privado de aquel ambiente de gloria y de mando que habian respirado durante muchos siglos sus abuelos; por eso entonces, al contemplar aquella alquería que un día habia formado las delicias de los hombres de su raza real, sintió nacer en su alma africana todo el odio de que era susceptible hácia los dueños de aquella mansion. Un estremecimiento súbito y terrible recorrió su cuerpo, y le obligó á dar un paso hácia la alquería de los Montblanc.

—Ajem, que comprendia hasta dónde podia llevarle su rabia, le detuvo sujetándole por el brazo.

—¿Adónde vas?

—Déjame: quiero vengar la memoria de los que un día vivieron ahí; quiero castigar la insolencia de ese cristiano que, no respetando ni los mármoles ni la tumba sin duda verse confundido por tanta grandeza; ó los habrá apartado de aquí para que su presencia no trajese á la memoria la época feliz en que reinaron mis antecesores.

Esto diciendo el jóven, cuyos ojos brillaban de rabia, se desprendió de la mano de Ajem, y avanzó algunos pasos por un sendero que conducia á la puerta de la alquería.

Ajem le siguió marchando con ligereza, y comprendiendo que la imprudencia del jóven podia comprometerles en una

ocasion en que mas que nunca necesitaban valerse de la circunspeccion y del sigilo, volvió segunda vez á apoderarse de su brazo; pero esta vez, conociendo que era preciso valerse de grandes recursos para aplacar la ira de aquel corazon valiente é impresionable, acostumbrado á los riesgos del desierto donde habia nacido, se echó á sus pies, y en aptitud suplicante le dijo:

«Jóven poderoso y valiente, por la memoria de tus antecesores, no des un paso mas; modera tu justo encono, y piensa, noble caudillo, que el pobre pueblo morisco confia en tu prudencia mas aun que en tu valor. Acuérdate del intrépido Aben Rafi, del prudente Josuf, del fiel Sakfan y tantos otros que escondidos esperan, no lejos de aquí, el momento de salir á campaña. Acuérdate, en fin, que el rey de Argel te ofreció su proteccion en cambio del juramento que le hicistes de obrar con prudencia, sin dejarte nunca llevar de los arrebatos de tu corazon. Acuérdate tambien de la bella Amina, á quien tú ofrecistes un tronó.»

El jóven arrojó un hondo suspiro: la razon y la prudencia triunfaron en su alma, y envainando el yatagan que habia brillado en su manó, se dispuso á seguir á Ajem hácia el punto en donde habian quedado los caballos.

Entre tanto el sol habia dejado de alumbrar la tierra, y un vientecillo suavé y agradable movia un ligero ruído al deslizarse por entre las hojas de los árboles. Sin embargo, no habia entrado aun el dominio de la noche: era esa hora en que luchan melancólicamente la luz y las sombras que descienden como crespones de lo alto de las montañas. Todavía se podian distinguir los objetos, y todavia el jóven al volverse hácia la alqueria para pronunciar su último juramento, pudo distinguir el rostro puro y apacible de una hermosa dama que apareció en una galería, deseosa sin duda de respirar las primeras brisas de la noche: esta figura simpática que se movia con paso tardo y con cierta languidez por la galería, atrajo durante algunos segundos la atencion del jóven tan exclusivamente, que se olvidó del juramento que iba á hacer ante la mansion que tenia delante.